

ción á la moda es una clara hipocresía, ¿dónde estará la verdad? vosotros lo sabeis, almas justas, cristianos verdaderos, que os habeis preservado del contagio, fabricando como Noé en vuestro corazon el arca de la verdad; vosotros lo sabeis buenos políticos, rectos amigos, verdaderos devotos; vosotros lo sabeis, justos magistrados, sanos ministros del Santuario, á cuya presencia tengo el honor de hablar, sin que mis averiguaciones tengan relacion con vuestra notoria equidad; vosotros lo sabeis, hombres de verdad, que aunque los menos, con todo aun conservais el espíritu de nuestros padres.

SERMON

PARA EL MIERCOLES DE LA SEMANA
DE PASION.

IDEA. CAUSAS DEL POCO FRUTO DE LA PALABRA DE DIOS.

Loquor vobis, et non creditis (Joan. 10. v. 25).

¿Qué consuelo tan grande no causaria á nuestro ministerio, si vieramos hoy en este devoto pueblo, como se vió en otro tiempo en Jerusalem, darse golpes de pechos los publicanos, huir de la indignacion del último dia los fariseos, dejar los caminos del crimen los pecadores, y salir en tropas las gentes de sus casas, para ir á aprender de los ministros del Señor las lecciones de una vida cristiana! Pero ¡ay de mí! este feliz

suceso que era de tanto consuelo en otros tiempos para los Sacerdotes del Señor, ya casi no es en nuestros dias fruto de nuestro ministerio. En el dia de hoy pueden ya decir los oradores cristianos, las mismas palabras que decia Cristo á los judíos. En el pórtico del templo, congregados allí para una solemnidad que presta materia al Evangelio presente, les decia entonces Cristo, y yo os digo ahora á vosotros: "os hablo, y no me creis." ¿Cuál pues, Señor, es la causa de tan mal suceso? ¿será porque ya no se siembra buen grano en vuestro campo? El hombre enemigo es la causa, responde el Evangelio. El grano en sí mismo siempre es bueno. La palabra siempre es santa; y si hoy no fructifica, es preciso culpar ó á los predicadores que la anuncian, ó á los oyentes á quienes se predica. Los unos ó los otros son ese hombre enemigo del Evangelio. Los predicadores comunmente echan la culpa á los oyentes, y estos se disculpan con los predicadores. Yo no quiero sentenciar este pleito: me contentaré solo con examinar las cosas, y os dejaré á vosotros la decision. Para esto examinaré desde luego, si la causa del poco fruto de la palabra de Dios, está de parte de los predicadores: *primera parte*. Si el poco fruto de la palabra de Dios, está de parte de los oyentes: *segunda parte*. Dichoso yo, si descubriendo el mal, puedo poner el remedio.

PRIMERA PARTE.

Hacednos justicia, cristianos: mucho tiempo hace que nosotros la hemos hecho; nosotros con-

fesamos con la mayor humildad, que es muy necesario que tengamos los talentos que exige nuestro venerable ministerio; nosotros nos conocemos. En efecto, ¿qué somos nosotros? débiles voces que claman en desierto, decia San Juan Bautista; niños que apenas saben tartamudear, decia Jeremías; pero sin embargo de nuestra indignidad, lo que debe hacernos con vosotros respetables, es que Dios, que da el aumento sin mirar á su ministro, ha adherido en cierto modo á nuestro ministerio la efusion de su gracia.

Pensais vosotros alegar por pretexto de que no oís nuestra indignidad; ¿y podréis creer que semejante efugio podrá justificaros del abuso que haceis de la palabra que os anunciamos? ¡Ay! Responda por nosotros San Juan Crisóstomo: yo lo reconozco con bastante confusion mia; sí, yo soy menos digno aun de lo que vosotros pensais, si no me considerais sino como á mí, y aun podréis considerarme como el mas despreciable de los hombres; pero en fin, cualquiera que yo sea, soy ministro de Jesucristo; sin esta cualidad, que por una parte me confunde, pero por otra me enardece y anima, apenas me atreveria yo á parecer delante de vosotros, muy distante de intentar instruiros. Pero si soy ministro de Jesucristo, concludid vosotros mismos qué debo yo seguir: ordenad enhorabuena las clases en vuestra sociedad: disponed de vuestras riquezas y honores: nosotros no os pedimos distinciones ni respetos: todas las honras temporales sabemos muy bien que se os deben, y nosotros seremos los primeros en tributáros las; pero en la Iglesia la au-

toridad de Jesucristo es la que ha de respetar cualquiera, sea quien fuere.

Vosotros nos teneis en vuestro concepto por incapaces de un ministerio tan alto. ¡Ay! Bien convencidos estamos con vosotros, y lo confesamos de nuevo diciendo con San Pablo: ¿Quién es capaz de tan respetable ministerio? Vosotros añadís, resueltos á sacarnos culpados y quedaros inocentes: pues qué, ¿hemos de ir á oír á unos hombres, que nada hacen de lo que predicán? Pero á esto respondemos: estaba reservado á solo el Hijo de Dios viviendo entre los hombres el poderles decir: ¿Quién de vosotros me reprenderá de algun pecado? Luego si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Por lo que toca á nosotros, lo confesamos; somos en efecto hombres rodeados de enfermedades, reducidos á acusarnos delante de Dios continuamente, y hoy delante de vosotros, de mil faltas anejas á la humanidad. ¡Infelices de vosotros, si esta enfermedad tan reprendida se extiende hasta haceros caer en una contradiccion visible de vida y de discursos! Pero entonces mismo no estareis menos obligados á oír la palabra de Dios de nuestra boca, para hacer como lo prescribe el Evangelio, no lo que nosotros hacemos, sino lo que os decimos.

Lo confieso, y lo confieso para confusion mia particularmente: nosotros no tenemos ni el zelo de los Apóstoles, ni la santidad de los Profetas; pero la doctrina que os anunciamos, ¿pierde por esto algo de su santidad? Por irregular que sea la conducta del predicador, la palabra de Dios que él predica ¿será por eso menos respetable?

Van, decís vosotros, por el camino de la perdición: infelicidad grande para ellos: pero sin embargo sus discursos ¿no os muestran el camino del cielo? Tienen las manos de Esaú; ¿pero no tienen la voz de Jacob? Israel, ¿no fué bendito por el Profeta de Moab, que era maldito y anatematizado? Moisés, ¿no condujo al pueblo de Dios hasta la tierra de promision, aunque él no mereció entrar en ella? Por seca y estéril que fuese la vara de Aaron, ¿no produjo flores? Y de la boca misma de un leon muerto, ¿no salió la miel de las abejas? Luego es una excusa muy frívola la que podeis alegar, para no creer á quien os habla, el decir que él no lo practica.

Nuestro ministerio es la cosa mas gloriosa de la religion Cristiana; y aun cuando nos falten las prendas que exige este ministerio tan sublime, ¿no sabeis que Dios elige alguna vez los mas débiles instrumentos, para confundir lo que hay de mas fuerte en el mundo? ¿No derribó los muros de Jericó con el débil sonido de algunas frágiles trompetas? ¿No desbarató el ejército numeroso de Madian, con el rumor no mas de algunas ollas quebradas? La simple onda de David, ¿no consiguió señaladas victorias contra los filisteos? Por grosero que fuese el Profeta Amós, sacado de un lugar campestre y rústico, ¿no puso Dios en sus manos el depósito de su santa palabra, lo mismo que en las de Isaías, oriundo de la familia real? Por tartamudo que fuese Jeremías, ¿no se opuso como un muro de bronce contra el rey de Judá? ¿Qué mas he de decir? Por mas despreciables que fuesen los Apóstoles, ¿no

les antepuso Dios para la predicacion del Evangelio, á los oradores de Atenas, y á los sabios de Roma? ¡Ay! Por indignos que seamos nosotros, nunca debeis envilecer nuestro ministerio; porque el Señor nos ha ungido con su óleo santo.

Pero la desgracia es que no se nos cree por lo comun, porque el fin con que se nos oye, no suele ser el mas recto. ¿No es una especie de pasatiempo, que los cristianos mas regalados vengán á oír nuestros discursos? ¿Pasar desde nuestras fiestas solemnes á las casas de juego? Esto se reprenderán ellos mismos delante de Dios; pero libres de toda zozobra y cuidado, ¿qué harán para librarse del disgusto? Corren presurosos á nuestras piadosas asambleas, y asisten con frecuencia á nuestras instrucciones. Pasan las horas, los amigos se juntan, una laxitud de pereza les adormece: esta es una diversion, y esto les basta. ¡Una diversion, hombres de poca fe! ¡La palabra de Jesucristo una diversion! ¿Con que nosotros disipamos nuestras fuerzas, extenuamos nuestra salud, solo para divertirnos? ¡Ay! Temed que el Señor irritado de vuestro menosprecio, no os deje como á los judíos sin sacerdotes, sin doctores, y sin intérpretes de la ley.

Tambien hay algo que considerar en la eleccion de los predicadores, para que se acomoden al gusto de los críticos de nuestros tiempos. Serian necesarios unos hombres en los que se reuniesen todos los talentos; esto es, unos hombres tales, como nunca los ha habido, y puede ser que no los haya jamás. Porque un hombre de

quien el pueblo dijera: este es el doctor de los hombres, los delicados no le oirían, solo porque el pueblo gustaba de él y le aplaudía.

¿Qué predicador sería necesario para atraer aquellas personas tan delicadas? Un hombre que como el Salvador del mundo, fuera dulce, apacible y afectuoso; pero le despreciarían: un hombre que como el discípulo amado fuera tierno y persuasivo, se burlarían de él: un hombre austero como el Bautista, le ultrajarían y le enviarían á su desierto; un hombre que con pocas palabras, como Pedro, les reprendiera sus crímenes, se volverían á sus casas, poco satisfechos del discurso: un hombre que despues de haberse insinuado suavemente, pasase de repente á exponer las mas terribles verdades, como Pablo, despues de haberle escuchado hasta este punto; esto basta, dirían, volveremos otro dia á oírle, resueltos interiormente á nunca mas escucharle.

¡Ah! si vosotros tuvierais una verdadera idea de la palabra de Dios, os sería mil veces mas provechosa de lo que yo puedo explicar. Por grosero que fuese el alimento que Abigail presentó á David, ¿no le alimentó en su hambre tan bien como los alimentos santificados de Abimelech? La espada de Gedeon, aunque tosca al parecer, ¿no sirvió para derrotar los ejércitos de los infieles? Pensad que no se trata en nuestro ministerio de elocuencia ni pulcritud, sino de conmocion y verdad; que nuestros discursos deben llevar las notas de la humildad del Verbo encarnado, y no los caracteres orgullosos del hombre. Veamos, pues, supuesto esto, si el poco

fruto de la divina palabra está de parte de vosotros, que es la

SEGUNDA PARTE.

Por órden de Dios hablan los predicadores, y anuncian la misma palabra suya: Id, dijo Jesucristo á los Apóstoles, y en ellos á todos sus sucesores; corred el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. Nosotros hacemos las funciones de embajadores de Jesucristo; luego debeis considerarnos no solamente como hombres, sino como hombres que hacemos las veces del mismo Jesucristo. ¿Pues cómo es que fructifica tan poco esta palabra, ó mas bien cómo es tan inútil para muchos cristianos? ¡Ay! ¿qué medio puede haber para que esta palabra sea útil, si muchos la oyen como palabra de hombre? unos la oyen por diversion, otros por casualidad. No hablo de aquellos que van para criticar; este fue el vicio de los fariseos, que iban á oír al Hijo del Hombre únicamente para sorprenderle con sus palabras; hay otros que van al sermon por costumbre, otros que van por diversion; estos son hombres que van lo mismo al sermon que á la comedia; y como tales, ¿qué fruto sacan de la divina palabra? Disgusto, que es la señal de su segura reprobacion.

Todos oyen la palabra de Dios, pero no todos la reciben; son escuchadas, pero raras veces aprobadas; es preciso ser de Dios para oír como se debe el Verbo de Dios; es preciso ser sus hijos para recibir sus instrucciones paternas. El grande Apóstol se regocijaba con los de Tesalónica, por

el suceso feliz que tuvo entre ellos la palabra de Dios, y da al mismo tiempo la razón. Es, dice el Apóstol, que vosotros la habeis recibido, no como palabra de hombre, sino como ella es en efecto; como la palabra de Dios. Ved aquí, continúa, el origen de todas las bendiciones que Dios ha derramado sobre vuestra Iglesia, y lo que es causa de que vuestra fe se haya hecho célebre, hasta servir de modelo á todas las iglesias del Asia. Si para usar de los términos de la Escritura, somos nosotros en algun modo como la boca del mismo Dios, oirnos simplemente como á hombres, es hacer inútil la palabra que nosotros predicamos; dos principios indudables harán concluyente la prueba: primero es, que esta fuerza todopoderosa, atribuida á la misma palabra santa, no le proviene en cuanto procedida del hombre, sino en cuanto es de Dios; segundo es, que la palabra de Dios no obra en nosotros sino segun la recibimos: recibid vosotros la palabra de Dios como que viene de Dios; ella obrará en vosotros como palabra suya; pero si la recibís como una produccion del talento de un hombre, ella no obrará en vosotros sino como palabra de hombre. Oh! palabra de magnificencia y santidad, ¿cómo sois recibida en el dia de hoy? Dios se quejaba en otro tiempo por boca de Ezequiel; ¿procuramos nosotros establecer las máximas más puras del Evangelio, el desapego y desasimiento de las riquezas, la humildad en medio del esplendor? Esto, decís vosotros, es pedir más de lo que podemos hacer; es imponernos un yugo de que nos

dispensa nuestra esfera, como si hubiera grados ó clases que nos puedan dispensar de ser cristianos: ¿convenimos contra ciertos pecados favorecidos, que es menester dejarlos? ¿para qué es, decís, estremecernos tan fuertemente? ¿todos no tienen sus flaquezas? flaquezas tan esenciales á la carne, ¿pueden hacernos tan malos como se predica? vosotros nos habeis hablado del juicio, ¿quién ha pasado por él? de las penas del infierno, ¿quién ha venido de allá? de la eternidad de las penas de un infeliz condenado, ¿quién las experimentó? Así discurren innumerables libertinos; estos son sus racionios; racionios impíos que aseguran su reprobacion. ¿Y cómo asisten estos en el templo? ¿cómo oyen la palabra de Dios? Se les ve discurrir con sus ojos por toda la iglesia, como si estuviesen en un baile. Y pluguiese á Dios que las voces del predicador llamasen tanto su atencion como los cantares de un teatro. Allí las horas parecen minutos, aquí los minutos parecen horas. En otro tiempo á la primera vista del ministro de Dios, los paganos trastornaban sus ídolos, los judíos menospreciaban las figuras, los hereges detestaban sus errores, y los pecadores lloraban sus pecados: vosotros convendreis en esto con nosotros; pero tambien direis, que entonces los predicadores eran diferentes de nosotros: ¿no podré yo tambien responderos ahora, en aquel tiempo eran los oyentes muy distintos de estos? aquellos asistian al sermón cubiertos de silicio y ceniza como pecadores públicos, y vosotros venís al templo llenos de lujo y vanidad como pecadores

orgullosos: aquellos escuchaban la predicacion de la ley, como un lenguaje lúgubre que los sentenciaba á llorar sus culpas, y vosotros la escuchais como una especie de escena, propia para adular vuestros oidos, como lo dice Ezequiel: aquellos se confundian al oir las máximas de Jesucristo, pensando que las habian quebrantado, y vosotros las escuchais con mucha frialdad como verdades extrañas, que no hablan con vosotros. ¡O gran Dios! ¿deberemos admirarnos á vista de esto, del poco fruto que causa vuestra palabra?

¿A quiénes anunciamos nosotros la palabra de Dios? ¿es solo para el pueblo y para las personas oscuras? ¿es solo para los grandes y poderosos de la tierra? No: la palabra de Dios habla con todos los que habitan en este mundo visible: la anunciamos á los Reyes y Príncipes de Judá, y á los Sacerdotes y Levitas de Israel; la anunciamos á todas las tribus, á todos los estados, á todas las edades y condiciones; es interés público aprovecharse de ella. Con sola la predicacion de Jonás, se aplicaron á sí mismos los ninivitas, cada uno en particular, las amenazas del Profeta; todos juntos se cubrieron de saco y silicio; pero, ¡ó malicia de nuestro siglo! léjos de aplicarse cada uno á sí la santa palabra, la achaca y apropia á otros; y conforme habla el predicador, se forman interiormente malignas aplicaciones: ojos que se encuentran, se comunican un mismo pensamiento; ciertas miradas, ciertos gestos, lo dan á entender á los que están al rededor; nunca se respeta bastante la casa del Señor para callar; concluido el discurso, léjos de ofrecer ma-

teria para las reflexiones, la da para las murmuraciones mas sangrientas. Qué bien ha descifrado el predicador, se dice, la vida de fulano y los procederes de zutano. Con estas señales aquel sugeto y aquella señorita bien pueden reconocerse, nada ha omitido el predicador, no se pueden engañar, no faltaba mas que el nombre. ¡Señor y Dios mio! ¿á qué estado han venido tus ministros? ¿Hasta cuándo vuestro pueblo nos ha de atribuir intenciones tan criminosas? ¿y hasta cuándo nos ha de hacer cómplices de su malignidad?

Señor y Dios mio, asistid en estos dias infelices á vuestros ministros, y oid benigno los ruegos de vuestros predicadores, de los operarios que Vos mismo habeis escogido. ¡Ah! nunca apartéis de mi boca la palabra santa, aunque sea desatendida y maltratada. Y vosotros, hermanos míos muy amados, examinad hoy bien, y mirad si no abrigais en vuestro ánimo el desgraciado principio, que hasta ahora ha hecho infructuosa para vuestras almas la divina palabra. Ved si la causa de esa obstinada resistencia á la palabra de Dios, no es acaso la pasion dominante que abriga vuestro corazon. Ved si es ese amor insaciable de las riquezas, ese sediento anhelo de gloria, ó ese afecto invencible á los placeres. Ved tambien si no hallais en vosotros aquella disposicion infausta de indiferencia y disgusto que impide que brote y dé fruto la palabra de Dios. Y vos, Dios de magestad, Dios de poder y de gloria, haced que resuene en nuestros oidos aquella voz formidable, que hace se estremezcan los corazones mas